

Cambio cultural en la Argentina de los años sesenta. Un análisis del diario *La Nación*

María Belén Agostini

Instituto de Geografía, Historia y Ciencias Sociales (IGEHCs), Facultad de Ciencias Humanas (FCH),
Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires (UNCPBA).
Argentina
belenagostini@gmail.com

Cita sugerida: Agostini, M. B. (2015). Cambio cultural en la Argentina de los años sesenta. Un análisis del diario *La Nación*. *Sociohistórica*, (35). Recuperado de:
<http://www.sociohistorica.fahce.unlp.edu.ar/article/view/SH2015n35a02>

Resumen

En este artículo se presenta un estudio del proceso de cambio social y cultural desarrollado en Argentina durante los años sesenta, atendiendo a la hipótesis de que el autoritarismo podría haber tenido en la sociedad. Partimos de la hipótesis de que entre las clases medias, la misma habría sido menor a la sugerida en algunas investigaciones. A partir del análisis de las "Columnas de la Juventud" del diario *La Nación* – publicadas entre 1965 y 1973-, proponemos que ciertas transformaciones culturales protagonizadas por los jóvenes, se produjeron en un período de tiempo relativamente corto – diez años-. En ese lapso, las representaciones que el matutino construyó de esas transformaciones pasaron del desagrado a la fascinación. Ello nos sugiere que la aceptación de los cambios en las pautas de comportamiento estaba más extendida de lo que la idea de una sociedad autoritaria nos permite concebir.

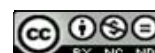
Palabras clave: Años sesenta; Cultura; Autoritarismo; Juventud

Cultural change in Argentina during the sixties. An analysis of the daily newspaper *La Nación*

Abstract

In this paper we present a study of the process of cultural and social change developed in Argentina during the sixties, focusing on the appeal that authoritarianism might have had on society. Our hypothesis is that among middle classes, such appeal could have been lower than suggested in other research. From the analysis of "Columns de la juventud" (youth columns), published by the daily newspaper *La Nación* –since 1965 to 1973-, we suggest that certain cultural transformations promoted by young people, were produced in a relatively short period of time –ten years-. During that interval, the representations that *La Nación* offered of such transformations turned from annoyance to fascination. This fact suggests that the acceptance of change in the standards of behaviour was very extended. The idea of an authoritarian society does not enable us to understand this process.

Key words: Sixties; Culture; Authoritarianism; Youth



Introducción

Los años sesenta argentinos han sido ampliamente abordados a partir del estudio de los procesos de inestabilidad y violencia política que los caracterizaron (De Riz, 2000; O'Donnell, 1996; Spinelli, 2013). Algunas investigaciones se ocuparon de las transformaciones en la intelectualidad, que avanzó en el pensamiento de izquierda (Sigal, 1991; Terán, 1991). Recientemente, se han desarrollado trabajos que se enfocan en dinámicas culturales y sociales de más amplio alcance. En los mismos se entiende a los sesenta como un período clave en la transformación de los discursos sociales acerca de la familia y la sexualidad, proceso en el cual los y las jóvenes habrían tenido un rol fundamental (Cosse, 2010). Además, se analiza cómo este fenómeno se dio en diálogo con un mercado cultural que se concentró en el público joven, y con una cultura juvenil que adquirió tintes contestatarios (Cataruzza, 1997; Manzano, 2010 a, b; Pujol, 2002 y 2003). Si bien algunas de estas investigaciones enfatizan el peso del contexto de autoritarismo prevaleciente en Argentina, que se habría hecho fuerte sobre todo en las clases medias (Manzano, 2010 a, b), ha sido menos evaluada la pregnancia que dicho autoritarismo podría haber tenido en la sociedad.

En este artículo presentamos un estudio de esta última cuestión, en el marco del proceso de cambio cultural y social desarrollado durante los años sesenta. Partimos de la hipótesis de que la pregnancia del autoritarismo ente las clases medias habría sido menor a la sugerida en otras investigaciones (Manzano, 2010 a, b). A partir del análisis de las *Columnas de la Juventud* del diario *La Nación* – publicadas entre 1965 y 1973-, proponemos que ciertas transformaciones culturales, de las cuales los jóvenes fueron protagonistas, se produjeron en un período de tiempo relativamente corto – diez años-. En ese lapso, las representaciones que el matutino construyó sobre esas transformaciones pasaron del desagrado a la fascinación, y lo que inicialmente fue considerado aberrante, se mostró luego como parte de las costumbres. Ello nos sugiere que la aceptación de los cambios en las pautas de comportamiento, estaba mucho más extendida de lo que la idea de una sociedad autoritaria nos permite concebir. Al menos así parecía serlo entre las clases medias que conformaban el grueso del público lector de *La Nación*, ya que eran justamente estos sectores los que aparecían como principales consumidores y productores de las nuevas actitudes y elecciones estéticas.

El diario *La Nación* fue un medio pionero en nuestro país, al dedicar una página diaria a la juventud. Durante los años sesenta, el mercado de revistas de interés general y actualidad experimentó un crecimiento sin precedentes en nuestro país¹. En este contexto, los diarios se encontraron con el desafío de actualizar sus contenidos para volverlos atractivos a las nuevas demandas del público. Entonces, el matutino ofreció un contenido que pudiera atraer a un segmento de la población que – según se entendía – reclamaba su propio espacio en la sociedad.

Cabe aclarar que el hecho de ocuparnos de los sentidos acerca de la juventud y su rol en el cambio cultural construidos por *La Nación*, no significa en absoluto pensar que se trataba de reflejos de la realidad, o que el público los interpretaba como tales. Partimos de la premisa de que los textos

responden a las condiciones particulares de su producción, y que los lectores elaboran sus propias construcciones de sentido acerca de los mismos (Cataruzza, 1997; Chartier, 2005).

Más allá de la diversidad de maneras en que un texto puede ser leído, el trabajo con medios de prensa escrita impone ciertos reparos particulares, debido a que “las imágenes interesadas y distorsionadas se multiplican” (Sidicaro, 1993 p. 8). En este sentido vale aclarar que, durante el período que estudiamos, el diario *La Nación* era una publicación orientada a un sector bastante bien delimitado de la sociedad argentina: las clases dirigentes (ya fuera en el ámbito político, el económico o por su prestigio social), a las que se sumaron sectores medios de la población, que en una primera época no se habían contado entre sus compradores (Sidicaro, 1993).

El objetivo fundamental del diario no solo consistía en informar y explicar, también existía una buena cuota normativa en la forma de presentar la realidad, sobre todo en la columna Editorial. Para integrar a su público lector, *La Nación* hacía gala de un “estilo pedagógico” (Sidicaro, 1993), a través del cual pretendía instruir a unos sectores dirigentes poco homogéneos, en la manera de interpretar los sucesos más importantes y cómo actuar ante ellos.

Además de esta Introducción y las Conclusiones, este artículo se presenta dividido en tres secciones. En la primera, describimos la sección del matutino que aquí nos interesa especialmente: *Columnas de la Juventud*. Analizamos la manera y el estilo en que se presentaba la información, el tipo de público al que habría estado dirigida, y las condiciones que posibilitaron la creación, así como la discontinuación de la sección. En la segunda sección, abordamos las representaciones de la juventud presentadas en las columnas, en referencia al consumo y la cultura. Postulamos que ciertas novedades culturales que inicialmente provocaron rechazo (por ejemplo, el pelo largo o la vestimenta relacionada con el estilo *hippie*), pasaron a aceptarse como parte de la costumbre al cabo de unos pocos años. En la tercera sección, nos ocupamos de las representaciones en referencia a los roles de género y las relaciones intergeneracionales. Planteamos que las concepciones tradicionales acerca de los roles de hombres y mujeres convivieron con propuestas renovadoras y que los jóvenes fueron identificados como impulsores de cambios en las formas de concebir la estructura familiar.

Columnas de la Juventud

El espacio *Columnas de la Juventud* aparecía en la última página de *La Nación* con frecuencia diaria, junto con la sección de humor. Estuvo presente en la publicación durante ocho años, desde mediados de 1965 hasta fines de 1973, y estaba destinado fundamentalmente a dar visibilidad a quienes se ajustaban al modelo de juventud ideal propuesto por el diario, a “esa juventud que sabe lo que quiere, y cómo lo quiere”². En sus páginas se combinaban entrevistas con chicos y chicas dedicados a muy diversas actividades, indagando sobre sus gustos, intereses u opiniones. Asimismo, aparecían notas referentes a avances en la ciencia o la fotografía, novedades discográficas e intercambio de correspondencia.

A lo largo del tiempo, *Columnas de la Juventud* sostuvo algunas características básicas en su estructura. La misma consistía en una nota central que iba acompañada de uno o dos artículos de menor extensión, estos últimos generalmente sobre música y discos o alguna noticia destacada: un nuevo descubrimiento científico, un próximo evento, etc. Las notas centrales giraban en torno a la presentación de testimonios y opiniones de jóvenes sobre algún tema en particular. En ellas se describían edad, ocupación, posición socio-económica e intereses de los o las protagonistas. Esto se acompañaba generalmente de una descripción del lugar donde se llevaba adelante la entrevista y del clima generado en el transcurso de la misma. El texto se complementaba con imágenes, que en la gran mayoría de los casos consistían en fotografías directamente vinculadas con el tema en tratamiento, con menor frecuencia se recurría a ilustraciones.

Frecuentemente se hacía referencia a diversas instituciones: universidades, asociaciones con fines benéficos, sociales o deportivos para describir las actividades desarrolladas por sus miembros. Por otra parte, era usual la referencia a juventudes de otros países, fundamentalmente europeos y a Estados Unidos. Estas notas versaban sobre fenómenos considerados particularmente relevantes para dichos países e incluso para el mundo, y en algunas ocasiones motivaban paralelismos o comparaciones con la juventud argentina. Por ejemplo, la participación de los y las jóvenes en el mercado laboral y el mercado de consumo, el acceso a la educación media y superior o la relación con las generaciones mayores.

Resultaba común el recurso a la intervención de otras voces (además de las de los jóvenes y la del mismo periodista) que se definían y reconocían como autorizadas en la materia en cuestión: profesionales (de la psicología, de la psiquiatría, de las leyes, de la sociología, etc.)³, sacerdotes, directores/as de instituciones, etc. Esta intervención se daba ya fuera a través de su participación en la misma situación de la entrevista o a partir de citas textuales o encuestas.

En varias oportunidades las notas de *Columnas de la Juventud* se presentaban organizadas en series temáticas: sobre la pareja y la relación entre hombres y mujeres, entre padres e hijos, la vocación, las creencias religiosas, los grupos, las novedades de la moda o el matrimonio. Es en estas series donde encontramos la mayor riqueza de sentidos acerca de las juventudes, ya que durante sucesivas entregas se analizaba cada tema en profundidad. Además, en muchas oportunidades se puede ver claramente el desarrollo de un trabajo de investigación por parte del periodista.

En la columna que aquí estudiamos, podemos identificar a una juventud inserta en la educación secundaria o universitaria, preocupada por su profesión (actual o futura), que participaba en actividades y asociaciones culturales o deportivas. Un vistazo a la publicidad que aparecía frecuentemente en la publicación nos permite afirmar que estas columnas iban dirigidas a jóvenes (y padres) de las clases medias⁴, preocupados o interesados por la educación secundaria y superior y por la formación profesional. En este sentido, predominaban claramente los avisos publicitarios de institutos preuniversitarios, cursos de varios idiomas, de periodismo, de formación para secretarías, etc. *Columnas de la Juventud* guardó a lo largo de los años un mismo estilo. Sin embargo, como

queremos mostrar en este trabajo, la información y los puntos de vista presentados sufrieron modificaciones vinculadas al contexto nacional, muy especialmente, pero también mundial.

Podemos lograr una comprensión más acabada de esta sección al considerar sus orígenes. La publicación de *Columnas de la Juventud* entre 1965 y 1973 no parece producto de la casualidad, por lo que surgen algunas preguntas: ¿qué motivó su aparición a mediados de 1965?, ¿qué objetivos se perseguían con esta sección?, ¿qué motivó su discontinuación hacia fines de 1973? En cuanto al objetivo de las columnas podemos tomar las ideas expresadas en un editorial de *La Nación* de diciembre de 1965⁵, en el texto se afirmaba que gracias a las notas presentadas allí, el público lector podía ir más allá del estereotipo según el cual la juventud solo se interesaba por la música de moda, y conocer a jóvenes interesados en el trabajo, el estudio, el deporte, las actividades solidarias, etc. En pocas palabras, el diario pretendía dar relevancia al potencial positivo que encontraba en la juventud, el cual resultaba perfectamente compatible con el “sano entretenimiento”.

Este objetivo se condecía con la interpretación que el diario ofrecía respecto a la realidad que se vivía. En ciertos editoriales, y en diversos artículos de las secciones de noticias pero también de espectáculos, se afirmaba que ésa era una época signada por el “tiempo juvenil”. Con este concepto se hacía referencia a que no solo en Europa o Estados Unidos, sino también en la Argentina, una generación de personas que en su mayoría no superaba los treinta años, pretendía mostrarse como el motor de cambio hacia un mundo mejor. Esta interpretación seguramente se vinculaba a la creciente visibilidad que estaban cobrando los jóvenes, de la mano de procesos como la ampliación de la matrícula de las escuelas secundarias, y en menor medida de las universidades; y el crecimiento de un mercado de productos culturales destinados específicamente a la juventud (Hobsbawm, 2007; Manzano, 2010 a, b; Pujol, 2003). *La Nación* no permaneció al margen de este fenómeno y salió a ofrecer un modelo a seguir, destinado a padres e hijos.

Desde un punto de vista diferente, pero complementario, puede vincularse el surgimiento de *Columnas de la Juventud* con una coyuntura particular de la industria editorial, como lo plantea un antiguo colaborador de la sección:

Las Columnas de la Juventud aparece, un poco... está inmersa en un cambio que hay en La Nación en los sesenta. La Nación había pasado un período muy duro, de mucha limitación, de mucha persecución, durante la época del peronismo, un diario que habitualmente, en la época del '20, el '30, salía con 36, 38 páginas, no podía salir con más de seis páginas, entonces era un diario muy limitado, un diario de subsistencia. Entonces, tras la caída de Perón en el '55 hubo un *boom* editorial que no afectó solo a La Nación, aparecieron revistas, humorismo político, que estaba prohibido en la época de Perón, revistas como Tía Vicenta... y aparece todo un hervidero intelectual. (...) [Columnas de la Juventud] justamente apuntaba a algo inevitable en los sesenta que era... si algo pasó en todo el mundo y también en Argentina, fue la explosión económica del *baby boom*, todos los chicos que habían nacido en los cuarenta y en los cincuenta, bueno, en los sesenta empiezan a consumir; a consumir, a

producir cultura, a ser importantes. Entonces, yo creo que el diario busca atraerse a ese lector.⁶

Efectivamente, durante los sesenta las revistas de actualidad e interés general supieron posicionarse como actores sumamente relevantes en la formación de opinión y en el establecimiento de agendas culturales (Mudrovic, 2010). La industria del libro también vivió un momento favorable, se incorporaron nuevos títulos, que favorecieron el crecimiento de las ventas. Aunque se trató de una etapa de auge, no debemos perder de vista que fue más bien una recuperación de los niveles que la industria editorial había alcanzado durante el peronismo (Sigal, 1991).

Más allá del alcance real del auge de la cultura escrita durante los sesenta, el fragmento de entrevista que hemos citado muestra que la necesidad del diario de *aggiornarse* y estar a tono con las nuevas tendencias de la prensa gráfica, se combinó con la detección de un nuevo segmento de público lector, al cual había que atraer, y que a su vez resultaba atractivo en sí mismo por su novedosa visibilidad en el plano público –en este caso por su actividad en las esferas sociales y culturales-: los y las jóvenes.

La discontinuación de *Columnas de la Juventud* no se dio de forma abrupta, más bien se trató de una suerte de vaciamiento. En primer lugar, hacia fines de 1973 dejaron de publicarse los artículos de análisis, y sólo continuaron los comentarios breves sobre discos y bandas de música. Finalmente, también éstos se redujeron hasta desaparecer a principios de 1974. Es posible que hayan existido diversas razones para la finalización de la columna, entre las cuales debemos considerar la posibilidad de una reestructuración del diario, vinculado a la administración de la empresa.

Pero tampoco debemos descartar que la misma pudo haberse vinculado a un cambio en la concepción de *La Nación* acerca de la juventud. Nuevamente, resulta útil tener en cuenta los editoriales publicados durante el período en cuestión⁷. En ellos se puede ver cómo aquella expectativa depositada sobre el potencial positivo de la juventud a la que aludimos anteriormente perdió relevancia. En cambio, se dio lugar a una mirada menos optimista según la cual muchos jóvenes de nuestro país habían resultado manipulados en favor de intereses políticos. Esto acontecía en un marco de radicalización del movimiento estudiantil, de gran visibilidad de las organizaciones de izquierda armada, y de transición de muchos jóvenes de clases medias –recordemos, componente del público lector de *La Nación*- desde el antiperonismo de sus familias hacia el peronismo revolucionario (Spinelli, 2013).

Podemos pensar entonces, que el diario decidió finalizar *Columnas de la Juventud* por encontrar que el modelo de juventud que proponía en ellas se encontraba con una realidad nacional que sugería otros caminos. Incluso parece relevante considerar una suerte de agotamiento de las cuestiones referentes a la juventud,

En los años sesenta eso era importante, era decisivo y se hizo. Tal vez en los setenta ya estaba como incorporado, ya se sabía que los jóvenes eran creativos y estaban cambiando

cosas, y también se estaba viendo que los jóvenes ya no eran tan creativos y se estaban adaptando a la organización social de la época, con lo cual esto ya no era tan crucial hacerlo.

(...)

Lamentablemente en los '70 la cosa empieza a... ya algunas ves que se van despidiendo: “el último hippie”, que se yo, los últimos festivales, ya ves como que hay un fin de fiesta de lo que fueron los sesenta, cosa que es bastante racional, porque en los sesenta la creatividad se centraba en todo lo cultural y lo social, y en los '70 se hace político el tema, o sea que ya la cosa viene más violenta, más polémica y entonces ya era... la juventud estaba en otra cosa, no tanto en la producción de los sesenta que era muy interesante.⁸

Como se plantea en esta cita, promediando los años setenta se naturalizaron muchas de las novedades culturales que habían sido impulsadas por los jóvenes (Pujol, 2002). Manzano (2010 b) ha explicado que la paulatina pérdida de visibilidad de algunos de los rasgos más llamativos de las culturas juveniles respondió a su represión, sobre todo durante el “onganiato” -1966-1970-. Sin embargo, nuestro estudio de *La Nación* nos muestra que el mercado jugó un rol importante para la integración de las transformaciones culturales promovidas por los jóvenes en las costumbres aceptadas. A través de las tendencias de la moda se integraron estilos y formas de conducta que en el pasado parecían inaceptables. Lo que resultaba novedoso en la década de los setenta era el rol que la juventud podía asumir en el terreno político (Varela, 2010). Sin embargo, esta cuestión no formaba parte de los temas que ocupaban a *Columnas de la Juventud*.

Los jóvenes, el consumo y la cultura

Elegimos comenzar este apartado atendiendo a un tema que muestra claramente la manera en que las novedades culturales juveniles fueron presentadas en *La Nación*. A lo largo del período que tratamos, el diario hizo frecuentes referencias a los *hippies*. A fines de 1969, por ejemplo, se ofreció una interpretación de ese movimiento, que puso el acento en su vínculo con el desorden.

Al lado de Los Beatles prosperó otro retoño, que sin poseer talento creador musical, imitó la extravagancia en el aspecto físico: pelo largo y descuidado, pantalones estrechos ajustados en la cadera, chaquetas llamativas y, como emblema, la margarita. Procurando llamar la atención con actitudes efectistas, haciendo de la vida un carnaval de desorden, estridencia y escándalo. Así nacieron los “hippies” flagelo de nuestro tiempo extendido por todo el mundo.⁹

Esta cita expresa que si bien las elecciones estéticas resultaban escandalosas, se entendía que lo más preocupante era que planteaban un rechazo a los valores y formas de conducta socialmente aceptados. Quienes se identificaban con el movimiento *hippie* se negaban a incorporarse a la sociedad a través de los canales previstos para ello, el trabajo y el estudio. Sin embargo, aunque el problema era considerado grave, no resulta claro quiénes eran estos grupos para el matutino, si eran numerosos o no, o dónde podían encontrarse. En estas representaciones se ponía de manifiesto una condición por la cual “dentro de la nueva categoría sociocultural quedaron englobados todos aquellos

jóvenes que no querían saber nada con la vida de oficina, el matrimonio, la disciplina del trabajo y la moral sexual de los mayores” (Pujol, 2002 p. 72).

Sin embargo, poco tiempo después de la publicación de la nota que citamos, los *hippies* – y el pelo largo que los identificaba – eran objeto de análisis completamente distintos. Ya a comienzos de 1970, en *Columnas de la Juventud* se daba cuenta de cómo el uso del pelo largo en los hombres se había difundido en los Estados Unidos. A través de una nota del *New York Times*, se describía cómo este fenómeno tuvo su inicio entre los jóvenes, especialmente los seguidores de Los Beatles, que de esa manera afirmaban su personalidad y adicionalmente lograban la irritación de sus mayores. Según lo afirmado en el texto, esta forma de llevar el cabello había generado más de un conflicto con las autoridades escolares y estatales. Sin embargo, eso no impidió que la tendencia se extendiera entre los profesionales, ya mayores. Como consecuencia, “lo que Los Beatles y los *hippies* forjaron vino a ser no sólo aceptable sino además buen negocio. El peluquero se convirtió en un estilista del cabello”¹⁰.

Aunque esta columna se limitaba a una descripción del fenómeno en los Estados Unidos, consideramos que su publicación no fue en absoluto una decisión casual. Era frecuente que en esta sección del matutino se acudiera a la información sobre las juventudes en otros países. Podríamos pensar que se trataba de un recurso para instalar temas de interés, como ocurrió con el estreno en Argentina del documental sobre el Festival de Woodstock¹¹. En esa oportunidad, el periodista se trasladó a la salida de un cine para indagar en la opinión de los jóvenes espectadores acerca de la película. La mayoría de los interpelados coincidían en señalar la calidad del documental y de los grupos que se había presentado en el festival. Para el matutino, Woodstock “terminó convirtiéndose en un fenómeno extramusical, una suerte de pacífico desafío al mundo actual, una demostración de convivencia, de solidaridad, de cooperación ofrecida por más de medio millón de jóvenes”¹².

Quienes participaron del festival, ya fuera entre el público o como parte de las bandas que se presentaron, reunían las características generales de lo que *La Nación* – y por qué no, la opinión pública en general – identificaba como *hippie*: pelo largo, ropas llamativas y costumbres gregarias. Sin embargo, como lo demuestra el fragmento que citamos, la interpretación que se hizo de su participación en el encuentro musical distaba mucho del temor que se dejaba ver en las noticias de un par de años atrás.

Entonces, encontramos que era posible pensar en otras maneras de concebir el fenómeno *hippie*. Pero también surgía otra cuestión, ¿acaso toda persona que llevara el pelo largo podía considerarse parte de ese movimiento?¹³ En Julio de 1972 *Columnas de la Juventud* publicó su análisis sobre el uso del pelo largo en nuestro país. Allí explicaba cómo una moda que había surgido repentinamente se volvió una costumbre, y cada vez más personas lucían melenas abundantes. Además, se afirmaba que el éxito del pelo largo había llevado a que las peluquerías debieran mejorar sus locales y servicios, para satisfacer a los clientes deseosos de estar a tono con la moda. De todas formas, se entendía que “largo, es sinónimo de rebeldía; corto, de tradicionalismo”¹⁴.

A partir de estas columnas, podemos entender que las características de esa rebeldía habían cambiado, el largo del cabello ya no generaba temor o preocupación, como lo había provocado años antes. Era posible que representara a lo sumo una postura de rebeldía ante la formalidad de las apariencias, pero ya no era interpretado como un rechazo a los valores y costumbres establecidos. La industria de la moda tuvo un rol fundamental en esta transformación, a medida que el pelo largo se extendió entre jóvenes y adultos, a medida que se volvió un producto de moda que podía comprarse en una peluquería, fue perdiendo su carácter disruptivo.

La perspectiva de Dick Hebdige puede ayudarnos a comprender este proceso. De acuerdo con el autor, el estilo¹⁵ subcultural pasa a ser incorporado por las industrias de la comunicación y la moda a medida que se configura “una pose propia eminentemente comercializable, a medida que su vocabulario (visual y verbal) se vuelve cada vez más familiar” (Hebdige, 2004 p. 30). Podríamos entender, entonces, que a medida que el movimiento *hippie* se fue consolidando como fenómeno sobre todo en Estados Unidos, pero también de alcance internacional, sus rasgos tal vez más reconocibles – el pelo y la ropa – fueron utilizados como productos para el mercado masivo. En ese camino, perdieron su original sentido disruptivo.

A mediados de 1973, en *Columnas de la Juventud* se publicó un pequeño texto bajo el título “Amor y paz”. En el mismo se afirmaba que “la revolución de los melencidos” representaba el “triumfo juvenil”¹⁶. Se lo describía como un triunfo de la personalidad contra la “masificación estatizante”, que había sido llevado a cabo por una juventud “liberal en el respeto de las individualidades”, esos jóvenes personificaban la opción por la paz y el rechazo a la guerra. Entendemos que este texto mostraba a la juventud identificada con los valores y la estética asociados al movimiento *hippie* como un grupo que rechazaba a los regímenes comunistas.

Podemos interpretar esta columna como el punto final de una completa inversión en las interpretaciones que *La Nación* elaboró acerca del estilo *hippie* y de los jóvenes que se identificaban con el mismo. Lo que en 1969 representaba un caos de desorden, sea el pelo largo o la ropa llamativa, para mediados de 1973 representaba la paz como uno de los valores positivos inherentes a los jóvenes.

Por otra parte, el hecho de que ya para 1972 este matutino considerara el uso de pelo largo como un ítem de moda, instalado en las costumbres y ajeno a la idea de peligrosidad; nos obliga a reflexionar sobre la capacidad del gobierno *de facto* de Juan Carlos Onganía (1966-1970) para instalar sus propios temores como preocupaciones extensivas a toda la sociedad. Como afirman varios autores¹⁷, el gobierno de la Revolución Argentina se inmiscuyó en los ámbitos de la vida privada para reprimir lo que se consideraba como amenazas a los valores occidentales y cristianos. Entre esas amenazas se contaba el largo del cabello de los varones, que fue motivo de detenciones y cortes forzados. La acción policial se concentró sobre todo en la vigilancia de los entretenimientos nocturnos, desde cines y locales bailables hasta hoteles alojamiento. El Inspector General Municipal (excomisario de la

Policía Municipal de Buenos Aires) Luis Margaride se volvió casi un emblema del autoritarismo de aquellos años.

En su investigación sobre las campañas de moralización llevadas adelante en la Ciudad de Buenos Aires durante los sesenta, Manzano (2008) enfatiza el apoyo que las medidas policiales recibieron por parte de diversos miembros de la opinión pública. Según la autora, los adultos expresaban un temor bastante generalizado respecto a la posibilidad de que sus hijos entraran en contacto con delincuentes –o con comunistas, que eran considerados prácticamente lo mismo–, sobre todo en los lugares de entretenimiento nocturno, como los cines o los locales bailables. En línea con esta explicación, la autora ha propuesto que el autoritarismo no estaba limitado a las dirigencias nacionales, sino que podía encontrarse también en las clases medias que son objeto de sus estudios (Manzano, 2010).

Sin embargo, nuestros datos cuestionan el arraigo de dicho autoritarismo entre las clases medias, entre las cuales *La Nación* encontraba a su público más numeroso. El estudio de *Columns de la Juventud* nos muestra un proceso en el cual, algunas novedades culturales protagonizadas por los jóvenes generaban temores iniciales, pero estos no calaban tan hondo como para lograr que las familias impidieran que sus hijos accedieran a ellas. Ejemplo de esto es el uso del pelo largo, que hemos presentado. Para el gobierno de Onganía (1966-1970) era sin dudas una amenaza, que podía asociarse con la delincuencia y el comunismo, y de esa forma lo transmitió a la ciudadanía. Sin embargo, unos pocos años después de la llegada de la Revolución Argentina (1966-1973) al poder, cuando la población aún no había vuelto a elegir a sus gobernantes a través de las urnas, el pelo largo era una moda instalada.

Un recorrido similar al del uso del pelo largo se dio en *La Nación* respecto a otras facetas de la cultura juvenil de los sesenta. Durante los primeros años de publicación de *Columns de la Juventud* el compromiso, el trabajo y el esfuerzo aparecían como valores fundamentales que deseaban resaltarse en los y las jóvenes participantes de las entrevistas. Es así que la mayoría de las notas trataban temas vinculados al estudio, el arte o el deporte, siempre haciendo hincapié en la tarea que se desarrollaba. Sin embargo, hacia 1971 comenzaron a incorporarse otros temas que se consideraba hacían a la identidad juvenil, como los gustos por la moda o el entretenimiento.

Esta transformación en las temáticas abordadas por *Columns de la Juventud* nos lleva a afirmar que el objetivo de resaltar al joven formal y dedicado parecía haber cambiado por el de entender a la juventud, sus gustos y motivaciones. Dicho interés parecía haber surgido de una premisa que cobró cada vez mayor presencia en el matutino: la sociedad se encontraba en proceso de cambio y los jóvenes tenían un rol fundamental en el mismo. Esto se debía a que por sus pocos años de vida no estaban sujetos al pasado, y por lo tanto, resultaban receptivos a las novedades¹⁸. Esta idea no era exclusiva del matutino, la imagen de que la sociedad se encontraba en crisis y de que los jóvenes eran una suerte de caja de resonancia de la misma, se difundía ampliamente en los medios de

comunicación locales e internacionales (Manzano, 2010 b). El “tiempo juvenil”, como lo denominó *La Nación* era ya parte del clima de época.

En *Columnas de la Juventud*, la moda en indumentaria comenzó a entenderse como parte de la identidad de los jóvenes y como un indicador del cambio que se estaba produciendo. Se informaron las últimas tendencias, así como los diseñadores y locales de moda, en textos que pretendían utilizar un lenguaje similar al que supuestamente usaban los jóvenes, recurriendo a expresiones como “mostrarse en el centro del ruido”¹⁹. Pero lo que más parece haber llamado la atención de los autores de *Columnas de la Juventud* fueron las transformaciones que se percibieron asociadas a las nuevas maneras de vestir. Una de ellas residía en que el estilo *unisex* que caracterizaba a la última moda parecía promover la igualdad entre el hombre y la mujer, asimilando las obligaciones y los roles²⁰.

Sin duda la estrella del *unisex* fueron los *jeans*; pero como ha investigado Manzano, su ingreso al mercado argentino, a fines de los cincuenta, estuvo signado por representaciones que lo vinculaban a una sociabilidad juvenil masculina, de carácter conflictivo. Durante los tardíos sesenta, la llegada de las marcas Lee y Levi’s contribuyó a alternar esos sentidos. Los hijos de las clases medias los tomaron como parte de su vestuario, generando un estilo propio, que los distinguía de los jóvenes de familias trabajadoras, que habían sido los primeros usuarios de las marcas nacionales. Simultáneamente, las chicas comenzaron a tomar parte de este consumo, generando debates en la opinión pública respecto a la exhibición de sus cuerpos (Manzano, 2005). Más allá de las connotaciones negativas que pudieron haberse encontrado en el uso de los *jeans*, parece que no menos populares resultaban sus connotaciones positivas, como se entendía en *Columnas de la Juventud* al señalar su capacidad para equiparar – se entiende que simbólicamente – los roles de hombres y mujeres.

Otra de las características de la nueva moda mencionadas en *Columnas de la Juventud*, era que el estilo juvenil atraía a muchos adultos, al punto que éstos hacían esfuerzos por verse más jóvenes, cuando pocos años antes los muchachos y las chicas hacían todo lo posible por parecer mayores²¹. Además, se entendía que la nueva informalidad de las prendas daba por tierra con viejas distinciones sociales, según las cuales ciertas vestimentas estaban asociadas directamente al status: el patrón vestía de saco y corbata, mientras que el empleado llevaba overol, por ejemplo. La forma poco convencional de combinar diversos artículos que promovían los jóvenes borraba ese tipo de distinciones²².

Sin embargo, también se advertía que estas novedades tenían sus matices. Por un lado, se entendía que muchas veces el estilo informal y despreocupado, ocultaba en realidad mucho esfuerzo y dedicación para lograr esa apariencia, como era el caso del “cuidado descuido” de algunos peinados²³. Por otro lado, se afirmaba que a través del consumo los jóvenes entraban en connivencia con el mismo sistema que criticaban.²⁴

Pero más allá de las motivaciones o consecuencias implícitas, lo cierto era que los jóvenes participaban del consumo como no lo habían hecho antes. No sólo de productos para la estética personal, sino también de una variedad de actividades que se diversificaban. Distintas investigaciones demuestran cómo el mercado de productos culturales se amplió y diversificó durante los sesenta: ropa, libros, historietas, discos, películas y programas de televisión buscaban captar la atención del público juvenil a partir de una oferta variada. Junto al avance del mercado de productos masivos, también se desarrollaron artículos y espacios de consumo exclusivo y se combinaron novedades de la industria nacional e internacional²⁵.

En *Columnas de la Juventud* se informaba, por ejemplo, que el teatro San Martín había abierto sus puertas a todas las expresiones del teatro, la danza, la música y la pintura. De esa manera, había logrado un aumento significativo de público, del cual el 55% estaba compuesto por personas entre los 18 y los 30 años²⁶. Otras salas, mucho menores, se posicionaron como puntos de reunión para quienes gustaban de la música de bandas independientes. También registraban éxito de público, gracias a la venta de entradas a bajo precio, accesibles para los jóvenes de entre 13 y 20 años que conformaban la mayoría de los asistentes. El valor de la entrada no era un tema menor, ya que según el matutino, el mismo se pagaba con “vuelto robados a papá y mamá”²⁷.

Pujol (2003) ha propuesto la existencia de una “revolución cultural” que tuvo como vehículos a la industria editorial y cinematográfica, entre otras, y sobre todo a la industria discográfica, con una participación fundamental de los jóvenes en tanto creadores y consumidores. En este trabajo intentamos precisar posibles itinerarios de este proceso cultural, rastreando algunas de las maneras en que fue interpretado y algunas de las tensiones que lo caracterizaron.

Los ritmos de moda entre los jóvenes habían sabido generar rechazo. Por ejemplo, en 1967 algunos cantantes de la nueva ola eran representados en *La Nación* como “embajadores del exotismo nervioso y vibrante que surge patéticamente de manifestaciones en las cuales lo deportivo se mezcla de forma agitada con ciertos valores musicales de indefinida y multitudinaria aceptación”²⁸. Sólo algunos años después, la música y los estilos de baile que podían acompañarla eran analizados de forma muy distinta. Si bien existía la posibilidad de criticar la calidad de las producciones, la carga fuertemente peyorativa que se presentaba en el fragmento citado había desaparecido. La búsqueda del entretenimiento ya no era percibida como una pérdida de tiempo ni como una actividad evasiva. Por el contrario, se afirmaba que se trataba de una “juventud que canta y baila, que estudia y se divierte, que por fin se acerca a la propia identidad a través de una expresión popular”²⁹.

Comenzando la década de 1970 entonces, la cultura juvenil había adquirido entidad propia en *Columnas de la Juventud*. El lector o la lectora podían enterarse de hábitos, intereses, problemáticas y lugares de sociabilidad específicamente juveniles. Ese tono generacional quedaba desdibujado en los años iniciales de la sección, cuando la mayoría de las actividades que se relevaban se daban bajo el ala de instituciones como la escuela, la iglesia o el club, por ejemplo, generalmente dirigidos por adultos.

Los jóvenes, los roles de género y la familia

Uno de los primeros temas de los cuales *Columnas de la Juventud* se ocupó a través de una de sus series temáticas -las cuales ya hemos descripto- fue el matrimonio. A lo largo de los sesenta se extendieron progresivamente en la Argentina, una variedad de cuestionamientos al ideal tradicional de familia, con sus divisiones jerárquicas entre hombres y mujeres y especialmente al modelo de matrimonio para toda la vida (Cosse, 2010). Estos cuestionamientos surgían desde varios frentes: parejas casadas que deseaban finalizar un vínculo en el que no encontraban felicidad, el Estado que intentaba dar respuesta a estos reclamos conciliando los intereses más tradicionales, y los jóvenes (fundamentalmente de clases medias) que proponían experimentar nuevas formas de relación entre hombres y mujeres, tendientes a un vínculo “más auténtico”. Cosse (2010) propone que se trató, sobre todo, de transformaciones en el ideal socialmente construido de pareja, matrimonio y familia, circulante en medios de prensa tales como las revistas de actualidad y las femeninas³⁰. El traslado de estas maneras de pensar a la práctica demandó un proceso aún más largo y paulatino.

Aquí analizamos la manera en que estos vínculos fueron presentados por *La Nación* en lo concerniente a los jóvenes, así como los cambios y continuidades que se produjeron en esas representaciones. En consonancia con el clima de época que trazamos en el párrafo anterior, *Columnas de la Juventud* ofreció un amplio abordaje del matrimonio joven –y del noviazgo que conducía a ese matrimonio-³¹, pero no se registraba ningún tipo de referencia a otras formas vinculares, como las citas, los múltiples noviazgos o la convivencia. Desde estas páginas se estimulaba la igualdad de roles entre hombres y mujeres y se alentaba la inserción femenina en el ámbito laboral, pero persistía una tradicional visión del noviazgo como etapa preparatoria para el matrimonio. Se proponía a éste como el horizonte al que debían apuntar todos los jóvenes y en el cual la mujer se realizaría como madre.

La serie temática publicada en 1968 se desarrolló a partir de entrevistas con miembros del Movimiento Familiar Cristiano³² que se encontraban participando de grupos de reflexión para parejas de novios. Al comienzo de esta serie, el editor sintetizó algunas de las principales transformaciones detectadas en el matrimonio, entre las que mencionó la importancia cobrada por el vínculo espiritual y físico entre hombre y mujer, que pasaba a conformar a la pareja en un espacio de mutua realización, y el abandono de un modelo familiar patriarcal, en pos de una “diarquía” en la cual la mujer también participaba activamente³³.

En la entrega siguiente, se presentaron algunas opiniones de una entrevista con las novias. En las mismas encontramos formas de entender los roles en el matrimonio que resultan más tradicionales que las sugeridas en el fragmento anterior.

Muchos otros temas redundan en el debate: la edad para casarse (18 para unas, 24 para las más); el trabajo fuera de casa después de casadas (según las horas que demande o lo que

opine él); el dominio del arte culinario (es lindo que el hombre este orgulloso de las dotes de su esposa, es completamente secundario).³⁴

La tercera entrega presentó la opinión de los novios,

- ¿Cómo se debe construir el verdadero matrimonio?

Un marido que es cabeza, organizador y padre, y una mujer, madre y compañera son las premisas. Sobre esta base se construye fundamentalmente el verdadero amor matrimonial. Cuando ella falta, todo se viene abajo.

- ¿Debe trabajar la mujer casada?

Acepto que trabaje en tanto no altere su función en el hogar. Por eso muchas veces es mejor concretar una posición económica antes de casarse.

Según Valenti aunque no se tenga una posición económica sólida hay que casarse igual, contando con los ingresos del trabajo de la mujer junto con los del marido. Claro que en lo posible esta situación no debe prolongarse, pues es el hombre a quien corresponde mantener el hogar³⁵

Los fragmentos que hemos citado nos presentan una imagen compleja, donde las tendencias renovadoras se encuentran con miradas tradicionales. El texto introductorio postula un modelo matrimonial basado fundamentalmente en el vínculo espiritual y físico entre el hombre y la mujer. Mientras tanto, los fragmentos de las entrevistas nos hablan de ideales matrimoniales vinculados a una estructuración jerárquica de los roles correspondientes a hombres y mujeres.

Además, se puede encontrar una distinción en la forma de pensar los roles de género al tener en cuenta los temas que fueron tratados en las entrevistas. Por ejemplo, en el caso de “las novias” se indagó en el grado de control parental respecto a las salidas. En este sentido, quienes consideraban que gozaban de libertad para manejarse parecen haberse sentido en la necesidad de aclarar que esto no ocurría “por indiferencia”, sino por un vínculo de confianza. El hecho de que las entrevistadas repararan en este tipo de aclaraciones, nos sugiere que la cuestión de la independencia en las decisiones de las jóvenes –y la intervención parental en ellas- era un tema de debate público.

Mientras tanto, esta cuestión parece haber quedado fuera de la entrevista realizada a “los novios”, o en todo caso no arrojó información de interés como para que se la incluyera en la publicación. En cambio, se dedicaron varias líneas a la discusión sobre los celos y la infidelidad, un tema no abordado con las mujeres. La posibilidad de que la joven fuera controlada por sus padres, y luego por un esposo preocupado por la posibilidad de ser engañado sugieren la diferencia entre las pautas aceptadas para hombres y mujeres. Parecía justificado que ellos sintieran celos, mientras ellas debían ocuparse de no provocar.

A mediados de 1972, el tema del matrimonio fue tratado nuevamente, pero desde un punto de vista que se distanciaba de las entregas publicadas en 1968. En primera instancia, el título dado a la serie ya nos da una pauta. No se trataba del matrimonio, sino de “la pareja”. En lugar de recurrir a las opiniones de un grupo parroquial se apeló a trabajos académicos y entrevistas con jóvenes, más allá de su adscripción religiosa. De esta manera, encontramos referencia a los estudios sobre la familia de Gino Germani, o entrevistas al sociólogo y profesor de filosofía Norberto Rodríguez Bustamante, quien introduce cuestiones como el divorcio, la separación y las relaciones sexuales³⁶. Adicionalmente, el autor de *Columnas de la Juventud* ofreció resultados de sus propias investigaciones.

En las entrevistas se interpeló a los y las jóvenes participantes acerca de la infidelidad. El redactor no dudó en calificar a los hombres de “machistas” por negarse a reconocer el temor a que les fueran infieles. Asimismo, apuntó que encontraba una concepción muy rígida de la pareja, ya que los jóvenes pensaban que la mujer ideal debía ser “de su casa”³⁷.

Aquí la distinción con la serie temática presentada en 1968 es muy clara. Tal vez la diferencia más grande no se encuentra en lo que dicen los entrevistados, sino en la manera en que lo dicho se presenta en el diario. Por un lado, tanto varones como mujeres pueden opinar acerca de la infidelidad. Por otro, el redactor de la columna se toma la libertad de emitir su propia –y contundente– opinión acerca de lo expresado por los participantes. Éste propuso que muchos jóvenes ocultaban –por presión social, pretensión de ser “modernos”– el deseo de que su esquema familiar replicara el de sus padres³⁸. Aquí, la referencia a la presión social sobre el tipo de familia al que podía aspirarse, nos sugiere la existencia de nuevos modelos familiares difundidos socialmente, que resultaban motivo de debate y que podían generar una suerte de mandato de ser “modernos”.

Más allá de los resultados de las entrevistas, y de cómo se interpretaron los mismos, en *Columnas de la Juventud* se hacían visibles nuevas formas de entender el vínculo entre hombres y mujeres. De esta manera, una de las notas se encontraba ilustrada con la fotografía de una pareja besándose apasionadamente en la boca, en un espacio público. Esta imagen contrasta con las que ilustraban la serie de 1968, donde las jóvenes parejas se mostraban sentadas en un salón de la parroquia.

En la serie temática titulada “Signos de hoy” también se daba cuenta de la transformación. De acuerdo con el columnista, la “camaradería entre muchachos y muchachas” resultaba una novedad, ya que “antes el trato recíproco entre hombres y mujeres era uniformemente respetuoso, distante”³⁹. Dicha camaradería implicaba la posibilidad de compartir charlas, reuniones o tiempo de estudio sin que necesariamente se pensara en una relación sentimental. Además, se entendía que ciertas características de la vestimenta juvenil también denotaban algunos cambios fundamentales. Como mencionamos anteriormente, los *jeans* simbolizaban para *La Nación* una suerte de equiparación entre los roles del hombre y la mujer, y también en las relaciones entre generaciones dentro de la familia⁴⁰.

Justamente las relaciones intergeneracionales fueron otro de los grandes temas que ocuparon a *Columnas de la Juventud*, ya que se percibía que estaban ocurriendo transformaciones considerables en esa cuestión, y que la juventud tenía un papel fundamental en las mismas. Podemos observar la presencia de una premisa básica en las representaciones de *La Nación* acerca de las relaciones entre jóvenes y adultos en general, y de padres e hijos en particular: el diálogo resultaba fundamental y debía estimularse. En consecuencia, se recomendaba un modelo parental fundado en la comunicación:

Entre el padre arbitrario y ansioso, que aspira a precisar los detalles del comportamiento filial, y el padre negligente y anárquico –que se despreocupa y deja las cosas a iniciativa de su hijo- se ubica el padre dialogador-democrático, que procura llegar por persuasión y opta por librar progresivamente la autonomía del menor.⁴¹

El diálogo se consideraba un recurso fundamental para abordar lo que *Columnas de la Juventud* presentó como una crisis de la familia. Esta era explicada por diversas causas. Por un lado, las novedades de la vida moderna, con sus electrodomésticos, alteraban el ritmo del hogar, y en consecuencia las vidas de sus miembros. Además, se entendía que resultaba habitual y comprensible que existieran dificultades en la comunicación entre padres e hijos, pero eso podía resultar en una “vacancia de poder en la familia”⁴². Esto se consideraba especialmente preocupante ya que “los hijos escuchan los cantos de sirena de las ideologías más extravagantes, y así, vienen a suceder los hechos más dolorosos e inesperados”⁴³.

Para comprender la raíz de estos temores debemos remitirnos al contexto político de la Argentina de fines de los sesenta y comienzos de los setenta. El período que aquí estudiamos se caracterizó por la debilidad democrática. Ésta se vinculaba por un lado, a la poca legitimidad de los actos eleccionarios, teniendo en cuenta la proscripción del peronismo desde 1955. Por otro lado, las Fuerzas Armadas demostraron una creciente voluntad de intervención en la política, que resultó en numerosos planteos militares y eventualmente en los golpes de estado de 1962 y 1966. En este marco, fueron cobrando cada vez mayor legitimidad las posturas que entendían que a la violencia surgida desde el estado, debía responderse con la violencia surgida desde el pueblo (De Riz, 2000; Ollier, 1998). El estallido social ocurrido en Córdoba en mayo de 1969 –el Cordobazo- puede considerarse un hito en el proceso de radicalización social y cultural. Pero el análisis de los sesenta nos demuestra que se trató de un desarrollo de largo aliento, por el cual una cultura contestataria se extendió en distintos ámbitos sociales, particularmente entre los jóvenes. Simultáneamente, como ya señalamos, muchos jóvenes de las clases medias rompieron con el antiperonismo de sus padres, para volcarse al peronismo revolucionario (Spinelli, 2013).

En este marco, el año 1973 fue interpretado por *La Nación* como una coyuntura de especial conflictividad, sobre todo en relación a los jóvenes. Si bien se recuperó la democracia y se permitió la participación del peronismo en las elecciones - de hecho obtuvieron el triunfo-, esto no redundó en una disminución de la conflictividad social. Con este panorama, el diario presentó su más profunda

preocupación respecto a la realidad de las instituciones educativas. Esto se debía a que constataba que el ciclo lectivo 1973 había registrado un muy bajo número de días de clase efectivos, como consecuencia de numerosas tomas de escuelas y del abandono de las aulas para asistir a manifestaciones. Mientras tanto, en el ámbito universitario –que siempre había sido más políticamente activo que el escolar- se encontraba que las horas dedicadas a asambleas superaban a las horas de clase. A partir de todo esto podemos entender a qué hacía referencia *Columns de la Juventud* cuando hablaba de “cantos de sirena”.

Entonces, a comienzos de la década de 1970, los problemas que hacían a la “crisis de la familia” incorporaron, en cada vez mayor medida, elementos del contexto político nacional. A pesar de ello, las propuestas de *Columns de la Juventud* para solucionar estas dificultades se basaban en los mismos fundamentos que se ofrecían promediando la década de 1960: estimular el diálogo, respetar los intereses de los jóvenes, contener el impulso de cambio sin coartarlo. Había además otra cuestión: el afecto. Según el columnista “la relación padres-hijos, estructurada sobre la autoridad, está en crisis total y, por lo que puede apreciarse, sólo puede ser sustituida por una relación fundada en el afecto”⁴⁴.

La construcción de vínculos afectivos entre padres e hijos no era una propuesta exclusiva de *La Nación*, sino que se encontraba presente en las diversas revistas de actualidad que tuvieron su auge en los sesenta, y en el discurso de algunos psicólogos abocados a la divulgación (Cosse, 2010). Lo que resulta interesante de *Columns de la Juventud* es que ponía a los jóvenes en el centro de las transformaciones que hacían necesarias nuevas formas vinculares. Los intereses y las demandas de los hijos interpelaban a los padres, a quienes se recomendaba que se mostraran abiertos frente al cambio, era “función de las generaciones mayores advertirlo para poder canalizarlo, pero es bien visible que pretender revertir el curso es ya imposible”⁴⁵. Por otra parte, a partir de su rol informativo la columna invitaba a los mismos jóvenes a reflexionar sobre esas cuestiones.

Conclusiones

En este trabajo presentamos un análisis de las *Columns de la Juventud* del diario *La Nación*. Mostramos cómo los y las jóvenes tuvieron un rol fundamental en algunos de los procesos de cambio cultural característicos de los sesenta, a partir de la propuesta de nuevas formas de entender las relaciones entre géneros y generaciones. En primer lugar, nos referimos a su irrupción como promotores de nuevos estilos estéticos, como el uso del pelo largo o de los *jeans*, y como público consumidor de productos específicos, como ropa, discos y recitales. Luego nos ocupamos del surgimiento de formas novedosas de entender los vínculos entre hombres y mujeres –tendientes a un mayor igualitarismo-, que convivieron con formas tradicionales de entender el matrimonio y la familia. Mostramos que se daba una situación similar respecto a las concepciones sobre las relaciones padres-hijos, donde el vínculo afectivo adquiría una nueva valoración. Simultáneamente, analizamos de qué manera el rol de los jóvenes se hacía visible no sólo en las actitudes, las elecciones estéticas

o las formas de consumo, sino también a partir de las representaciones que se construían y se ponían a circular acerca de dichas elecciones, como en el caso del diario *La Nación*.

Hemos encontrado, además, que una de las principales vías a través de la cual se naturalizaron dichos cambios fue el mercado. Mediante las industrias de la moda, la música, el cine y la televisión, ciertas actitudes que por su expresión de rebeldía originalmente habían generado el rechazo del matutino, resultaron paulatinamente incorporadas a las costumbres aceptadas (Hebdige, 2004). En este proceso, algunas pautas tradicionales respecto a la presentación de la persona o a los roles de hombres y mujeres, fueron identificadas con lo antiguo y fuera de uso.

Dichas transformaciones se hicieron visibles en el diario en un período de tiempo que no alcanzó los diez años. Esto nos lleva a coincidir con quienes afirman que, más allá de las condiciones de autoritarismo que los elencos gubernamentales impusieron en Argentina durante buena parte de los años que aquí estudiamos, el proceso de cambio social y cultural tuvo sus propios ritmos (Cosse, 2010; Pujol, 2002). Esto no quiere decir que se tratara de un curso lineal e incuestionado hacia la transformación, sino que podemos reconocer dinámicas diversas, que se superponen e involucran a diversos actores. En consecuencia, nuestros datos cuestionan cualquier generalización que identifique al conjunto de las clases medias con la voluntad autoritaria encarnada en el gobierno de la Revolución Argentina, al menos en lo que refiere a la dimensión cultural.

Futuras investigaciones podrán aportar mayor complejidad a esta mirada, al poner en relación las lógicas de actores que no han sido analizados en este artículo. Por dar algunos ejemplos, aún quedan pendientes trabajos que indaguen en las formas en que las transformaciones que aquí estudiamos fueron interpretadas por jóvenes y adultos de los sectores populares.

Agradezco a las docentes y compañeros del Seminario de Escritura Doctoral, llevado a cabo en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA durante el segundo cuatrimestre de 2013.

Notas

[1](#) Ver Cosse, I. (2010), Mudrovcic, M. E. (2010)

[2](#) *La Nación*, 12/12/1965 p. 8

[3](#) Sobre la difusión de la psicología en los medios de prensa nacionales, véase Plotkin, M. (2003)

[4](#) Aquí no limitamos la pertenencia de clase a un determinado nivel socio-económico, educativo u ocupacional; consideramos que la misma se vincula también a valores, experiencias y representaciones que los actores ponen en juego para representarse a sí mismos y a otros. Ver Visacovsky, S. (2008)

[5](#) *La Nación*, 12/12/1965 p. 8

[6](#) Entrevista a Ernesto Castrillón (h) 13/08/2012. Ernesto Castrillón (hijo) se desempeñó como colaborador en Columnas de la Juventud, teniendo a su cargo la redacción de la columna especializada en rock. Su padre, Ernesto José Castrillón también era colaborador, redactando las columnas acerca de jazz y tango. Por su participación en el diario, Ernesto (h) también mantenía contacto con los redactores de la sección de Espectáculos.

[7](#) Ver por ejemplo La Nación, 11/04/1973 p. 9, 19/08/1973 p. 8 y 17/09/1973 p.8

[8](#) Entrevista a Ernesto Castrillón (h) op. cit.

[9](#) La Nación, 20/11/1969, 3ra. secc. p 4

[10](#) La Nación, 25/02/1970, 2da. Secc, p. 12

[11](#) El festival de música y arte se llevó a cabo a mediados de Agosto de 1969, en la localidad de Bethel, Nueva York y se calcula que asistieron aproximadamente 400.000 espectadores. El film que lo documentó fue titulado "Woodstock. Three days of peace and music", dirigido por Michael Wadleigh, se estrenó en 1970.

[12](#) La Nación, 19/09/1970, 2da. Secc, p. 16

[13](#) La Nación, 11/01/1971, 3ra. Secc., p. 8

[14](#) La Nación, 05/07/1972, 2da. Secc., p. 14

[15](#) Según Hebdige (2004), el estilo es el área donde cobran significado los objetos que han sido apropiados por un grupo subcultural, y se pone en práctica el sentido que se les ha atribuído. Esto implica un gesto de desafío o repulsión al orden dominante, indica un rechazo.

[16](#) La Nación, 16/06/1973, 2da. Secc., p. 12

[17](#) Ver por ejemplo Manzano, V. (2010 b) y Pujol, S. (2003)

[18](#) La Nación, 10/05/1973, 2da. Secc., p. 18

[19](#) La Nación, 17/11/1971, 2da. Secc., p. 16

[20](#) La Nación, 01/02/1973, 2da. Secc., p. 12 y 17/02/1973, 2da. Secc, p. 12

[21](#) La Nación, 01/02/1973, 2da. Secc., p. 12

[22](#) La Nación, 08/02/1973, 2da. Secc., p. 12

[23](#) La Nación, 10/05/1973, 2da. Secc., p. 18

[24](#) La Nación, 28/03/1973, 2da. Secc., p. 14

[25](#) Ver Pujol, S. (2002) y Manzano, V. (2010 a)

[26](#) La Nación, 23/09/1972, 2da. Secc. p. 12

[27](#) La Nación, 16/06/1973, 2da. Secc., p. 12

[28](#) La Nación, 30/04/1967, supl. Espectáculos, p. 5

[29](#) La Nación, 02/08/1973, 2da. Secc., p. 16

[30](#) Entre las revistas de actualidad que se multiplicaron en Argentina durante los sesenta Primera Plana se consagró como una publicación que ofrecía las últimas tendencias, destinada a un público afín a lo moderno y novedoso. Se instaló como creadora de gustos e intereses en estrecha relación con la industria cultural. Las revistas destinadas a la mujer apuntaron a un público menos selecto pero fueron parte del mismo impulso. Si bien no pretendían liderar un lugar de vanguardia como Primera Plana buscaron estrategias para introducir novedades que resultaran atrayentes para sus lectoras. Sobre estos temas véase Cosse, I. (2010), Mudrovcic, M. E. (2010) y Pujol, S. (2002)

[31](#) La Nación, 28/02/1968 p. 18; 03/03/1968 p. 30; 06/03/1968, p. 28; 11/03/1968, p. 28; 20/03/1968, p. 28; 09/11/1968, p. 38; 24/09/1972, 2da. Secc p. 24.

[32](#) Un análisis de la tarea del Movimiento Familiar Cristiano puede encontrarse en Cosse, I. (2010)

[33](#) La Nación, 28/02/1968, p. 18

[34](#) La Nación, 03/03/1968, p. 30

[35](#) La Nación, 06/03/1968, p. 28

[36](#) La Nación, 24/09/1972, 2da.Secc. p. 24

[37](#) La Nación, 01/10/1972, 2da Secc. p. 24

[38](#) La Nación, 07/10/1972, 2da Secc. p. 12

[39](#) La Nación, 21/04/1973, 2da. Secc. p. 28

[40](#) La Nación, 17/02/1973, 2da. Secc. p 12

[41](#) La Nación, 06/07/1973 p. 13

[42](#) La Nación, 15/04/1973, 2da. Secc. p. 22

[43](#) Ibid.

[44](#) La Nación, 07/04/1973, 2da. Secc. p. 12

[45](#) La Nación, 21/04/1973, 2da. Secc. p. 28

Referencias bibliográficas

Cataruzza, A. (1997). El mundo por hacer. Una propuesta para el análisis de la cultura juvenil en la Argentina de los años setenta. Entrepasados, año VI, num. 13, Rosario, 103-114.

Chartier R. (2005). Prologo a la edición española. En El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural (pp. I-XII). Barcelona: Gedisa.

Cosse, I. (2010). Pareja, sexualidad y familia durante los años sesenta. Buenos Aires: Siglo XXI.

De Riz, L. (2010) La política en suspenso 1966/1976. Buenos Aires: Paidós

Hebdige, D. (2004). *Subcultura. El significado del estilo*. Buenos Aires: Paidós.

Hobsbawm, E. (2007). *Historia del siglo XX*. Barcelona: Crítica.

Levi, G. y Schmitt, J. C. (dirs.) (1996). Introducción. En *Historia de los jóvenes*. Tomo I, De la antigüedad a la edad moderna (pp. 7-20). Madrid: Taurus.

Manzano, V. (2005). Sexualizing youth: Morality campaigns and representations of youth in early 1960s Buenos Aires. *Journal of The History of Sexuality*, vol. 14, n. 4. University of Texas Press, 433-461.

Manzano, V. (2010 a). Ha llegado la "nueva ola": música, consumo y juventud en la Argentina, 1956-1966. En Cosse, I.; Felitti, K. y Manzano, V. (eds.) *Los '60 de otra manera. Vida cotidiana, género y sexualidad en Argentina* (pp. 19-60). Buenos Aires: Prometeo.

Manzano, V. (2010 b). Juventud y modernización sociocultural en la Argentina en la década del sesenta. *Desarrollo Económico*, vol. 50, No. 199, octubre-diciembre, 363-390.

Mudrovcic, M. E. (2010). *Nombres en litigio. Las guerras culturales en América Latina: del happening desarrollista a la posguerra fría*. Rosario: Beatriz Viterbo Editora.

O'Donnell, G. (1996). *El estado burocrático autoritario. Triunfos, derrotas y crisis*. Buenos Aires: Editorial de Belgrano.

Ollier, M. M. (1998). *La creencia y la pasión. Privado, público y político en la izquierda revolucionaria*. Buenos Aires: Ariel.

Passerini, L. (1996). La juventud, metáfora del cambio social (dos debates sobre los jóvenes en la Italia fascista y en los Estados Unidos durante los años cincuenta). En Levi, G. y Schmitt, J. C. (dirs.) *Historia de los jóvenes*. Tomo II, La edad contemporánea (pp. 383-453). Madrid: Taurus.

Plotkin, M. (2003). *Freud en las Pampas. Orígenes y desarrollo de una cultura psicoanalítica en la Argentina (1910-1983)*. Buenos Aires: Sudamericana..

Pujol, S. (2002). *La década rebelde. Los años sesenta en la Argentina*. Buenos Aires: Emecé.

Pujol, S. (2003). Rebeldes y modernos. Una cultura de los jóvenes. En James, D. (Dir.): *Nueva Historia Argentina. Violencia, proscripción y autoritarismo (1955-1966)*. Tomo 9 (pp. 283-328). Buenos Aires: Sudamericana

Sidicaro, R. (1993). *La política mirada desde arriba. Las ideas del diario La Nación 1909-1989*. Buenos Aires: Sudamericana

Sigal, S. (1991). *Intelectuales y política en la década del sesenta*. Buenos Aires: Puntosur

Spinelli, E. (2013). *De antiperonistas a peronistas revolucionarios. Las clases medias en el centro de la crisis política argentina (1955-1973)*. Buenos Aires: Sudamericana

Terán, O. (1991). *Nuestros años sesenta. La formación de la nueva izquierda intelectual en la Argentina 1956-1966*. Buenos Aires: Puntosur

Varela, M. (2010). Cuerpos nacionales: Cultura de masas y política en la imagen de la Juventud Peronista. En Cosse, I.; Felitti, K. y Manzano, V. (eds.) *Los '60 de otra manera. Vida cotidiana, género y sexualidad en Argentina* (pp. 61-86). Buenos Aires: Prometeo.

Visacovsky, S. (2008). Estudios sobre "clase media" en la antropología social: una agenda para la Argentina. Avá[online], n.13, pp. 1-1. Recuperado de:http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S185116942008000200001&lng=es&nr_m=iso